

de su novia aquella voz severa y contundente, que encerraba singulares reminiscencias de la voz de doña Engracia. En vano buscó términos con los cuales pudiese responder. Tenía seca la gola.

—Poco será lo que tengamos que hablar. Usted no debería haber pisado más esta casa; pero será hoy la última vez que la pise... Era preciso, inevitable...

Hizo una pausa, como si se sumergiera de pronto en su mundo interior. Aprovechóla Jorge para interrumpir, diciendo:

—No comprendo, Julia, esta actitud que tomas...

La antigua prometida continuó, imperturbable:

—Era preciso, sí... No podríamos separarnos sin que yo dijera algo... sin que yo pidiera...

—Aquí la voz tembló un poco. Mas fué levisimo el intervalo, pues que casi a seguidas proseguía:—Usted ha sido doblemente cruel y malvado... No conforme con destruir mi vida, con hacerme víctima del más infame de los engaños, ha ultrajado usted también el honor de un hombre honrado que nunca le causó daño, que confiado le recibía en su casa; y que, por si esto no fuera bastante, iba a entregarle nada menos que a su hija... ¡a mí, que si para usted nada valgo, para mi padre lo soy todo, lo único, en el mundo!

Jorge Bazán, pálido, abierta la boca, fijos los ojos, con el azoro en el semblante, quiso protestar.

—Es inútil. No podría usted convencerme en sentido contrario a lo que yo sé... Le traicionaría su cara; su cara de este instante... Todo entre nosotros acabó. No me importa el mal que usted me haya hecho; me metí en un pantano sin advertirlo, y parte tengo yo misma de

culpa... Lo que me importa es la vida y la tranquilidad—ya que no la honra, manchada a estas horas—, de mi padre...

Se miraron los dos, cara a cara. Inclínose Jorge, lleno de mortal palidez, ante la virgen fuerte. Algo se derrumbaba en su interior en aquel momento: no la pasión, no el amor primero, misericordioso y blanco, que ya no existía; algo más: el falso concepto, hasta entonces vivido en medio del fango, del propio valer moral.

—Por eso yo, yo que debería haberme muerto al descubrir el agravio, todavía tengo fuerzas para pedir, para suplicar...

Como alzara Bazán ligeramente el rostro, vio que dos hilos de lágrimas corrían por las demacradas mejillas de la doncella. Por modo extraño la voz manteníase clara y firme, sin embargo.

—Yo pido a usted una última gracia, la única... Al sacrificar mi vida y esconder mi vergüenza por un imperioso deber filial, apelo a los últimos restos de caballerosidad que a usted le queden, para rogarle que renuncie a esa mujer... que no turbe más la tranquilidad de esta casa... que respete a papá en los postreros años de su vida...

El abogado, en su turbación infinita, sintiendo que se le doblaban las piernas, se había agarrado a uno de los pesados cortinajes.

—¿Me lo promete usted?

Hízose un angustioso silencio.

—Sí, Julia...

—Pues, hemos terminado. Conffo en su palabra. Ahora, puede usted salir... para siempre...

Rígida, alta la frente, con un gesto ahogó las frases que pugnaban por escapar de labios del novio de ayer. Con el índice, le señaló el umbral...

Cuando desapareció Bazán, desplomóse en la más cercana silla, exhausta, sin aliento, cual si estuviera muerta.

XXXIII

Un vacío intenso se hizo en el espíritu de Jorge Bazán. Tenía la sensación de que algo se había hundido, estrepitosamente, a sus pies. A partir de aquel momento, su vida cambiaba de rumbo. Había dormido un sueño de placidez, de goces ahitos, aprovechando del bien y del mal, sin distinguirlos claramente, cuanto uno y otro tienen de holgado y sabroso. La fatalidad le despertó...

Cabizbajo, aturdido, hubo de encerrarse en su estudio de la calle de Medellín. Sufría mortalmente. Sufría no por el daño causado, sino por lo desagradable de aquella guisa de sufrimiento. Cosa molesta parecía el dolor. Hasta entonces se cifrara su inconsciente divisa en alcanzar el máximo de sazonado deleite por el mínimo de esfuerzo. De consiguiente, el drama en que a la sazón se hallaba envuelto le producía sincerísimo enojo; era éste al modo del que ocasiona el pinchazo de un alfiler cuando por la centésima vez se desnuda el talle juvenil eternamente codiciado.

—¡Qué contratiempo!—pensó, mientras en su alcoba, con la preciosa ayuda del fámulo, cambiaba el saco por la elegante *pyjama* azul—. Ya voy creyendo que en la vida hay cosas de tramoya, y que no todo lo inventaron los dramaturgos... Pues, ¿cómo pudo saberlo?... Sofía no me ha dicho palabra; y claro es que si el trueno gordo hubiera estallado en su casa, ella

habría sido la primera en venir a contármelo... ¡Cosa más singular! No, no; por más que me empeño, no atino a vislumbrar lo ocurrido... El marido no sabe nada. Nada sabe Sofía... Sólo Julia... Decididamente, no entiendo... ¡Pobre Julia! ¡Pobrecilla, qué caray!

Y suspiró. Después hizo que Ochoa le sirviera coñac del bueno.

Mientras apuraba la copita de dorado Hennessy, reparó en que la tormenta interior se iba aplacando. Su pensamiento, hasta aquel instante absorbido por las exterioridades y personajes diversos del dramático acaecimiento, se convertía al omnipotente yo. Tendido en el diván, frente por frente del balcón inundado de sol, entregábase a un soliloquio algo más tranquilo, razonado y discreto que los anteriores. La idea piadosa de que Julia sufría se borraba poco a poco... ¿Qué culpa tenía él, vamos a ver?—No estaba en su mano—ni en la de ningún hombre que por tal se tuviera—, haber impedido el caer en brazos de una guapa muchacha, que le solicitaba. Casos como el suyo se topan a diario. Reconocíase no tener madre de santo, ni parentesco alguno con Señor San José... ¿A quién le dan pan, que llore? El se adueñó de aquella mujer, como cualquier goloso de la odorente manzana que pende del árbol...—Imposible que alcanzara a evitarlo su amor a Julia, pues que tal amor no alentaba ya; ahora lo comprendía bien. Fué aquél una muchachada, un vano romanticismo en horas de tedio en que consideró que el mundo se le cerraba y que en cuerpo y alma podría consagrarse a una mujer, cual si ella fuese el fin y el término de su existencia. ¡Funesto error, del que le sacaron ulteriores sucesos!

Se absolvía, en consecuencia, por cuanto a su antigua novia atañera.—«Cúlpese al destino,

no a mí»—murmuró, suspirando, a tiempo de saborear el aromoso egipcio.

¡Y qué bien salía, después de todo, la tal ruptura! Su ñoño amorcete, al uso de 1830, le pesaba ya un poco, francamente. Equivocación sentimental de su vida fueron el amor y la poesía. Había nacido para cosas más serias y graves. El futuro autor de *La idea democrática a través de las edades de nuestra historia*, no se pertenecía a sí mismo: era de todas y de todos; era de la Humanidad...

Bienhechora onda de optimismo le acarició dulcemente. Mas, pese a su anchísima manga, desvaneciendo sonrisas, asomaba la pregunta ansiosa: «¿Qué hacer?» — Resentía el miedo atroz que le paralizó, horas antes, en casa de los Bringas. La voz secreta de antaño susurraba: «Estás al borde de un precipicio. Tus relaciones con Sofía se hallan en corriente. Si el marido las descubre, te mata. Y si no te mata —lo cual es muy posible en estos flacos tiempos—, se arma un escándalo de padre y muy señor mío, en el que tú —debido a los prejuicios de esta sociedad hipócrita de México—, aparecerás como un cochino, y convertido en vil trapo sucio, asistirás al naufragio de tu prestigio político; de tu nombre, hasta hoy sin mácula; de la tradición gloriosa que heredaste de tu padre—el amigo de Iglesias... ¡Apresúrate, o te acoquinan, y, antes de que lo pienses, te ves en un callejón sin salida!»

Lo esencial, lo urgente, era, pues, apartarse de Sofía.—¿Cómo? — El primer expediente que encontró a mano fué el de escapar. Enderezaría sus pasos camino de Guanajuato, a la hacienda de su hermana Laura. Pensaba, no sin cierto encanto bucólico, en la leche recién ordeñada, en el sabroso pan, en los snculentos quesos... ¡Asaz bien le caería una temporadita

campestre, para reparar fatigas y quebrantos!—Luego, al volver, Sofía se habría olvidado, él se habría olvidado, todos se habrían olvidado; y en paz... Reanudaría entonces en el Congreso su campaña con mil brillantes iniciativas, y...

¿Pero Sofía podría olvidar? ¿Se quedaría quietecita y tranquila, tan sólo con que él se marchase?... — Además, ojos que no ven, corazón que no siente. — Si la ausencia producía los apetecidos resultados en el ánimo de su amante, idénticos tenían que ser, por lógica consecuencia, los que alcanzase en el de los diputados sus compañeros, en el de la prensa, en el del público... — El famoso político Jorge Bazán se eclipsaba de pronto. Desentendíase de sus triunfos en el riente paisaje guanajuatense, como Aníbal en las delicias de Capua... —Lo atribuirían todos a incapacidad, a temor. La obra de cuatro meses de esfuerzos tribunicios, de antesalas en los ministerios, de exhibición en la prensa, de banquetes ofrecidos y retornados, de lucimiento de la gallarda figurita en oficiales festejos, a los acordes del himno nacional, tristemente se vendría abajo, y a la vuelta de dos semanas el diputado Jorge Bazán sería ni más ni menos que un quídam. —No, decididamente, no se marchaba; no se marcharía, así le matasen...

¿Entonces?

A toda costa, menester era terminar con Sofía.—¿Apelando a qué medios, Dios mío?—Y la redoblada pregunta se insinuaba otra vez, tenaz, impertinente. Y Jorge Bazán, apremiado por ella y no hallando el modo de resolver, contemplaba con enojo el obstáculo que se interponía. Echaba en saco roto la hermosura y seducciones de su querida, para sólo acordarse de los malos ratos que le daba con sus celos;

con sus caprichos, con sus temores lúgubres, con aquel insaciado anhelo voluptuoso que le enloquecía, que le mataba... — «Al presente — observó, arrellanándose cómodamente en el diván—, me doy exacta cuenta de todo... Esa mujer, si no la aparto cuanto antes, será la perdición de mi vida... ¡Qué pesada es! Para ella, el ideal lo constituye el amor constante. Querría que la estuviera uno besando y adorando por los siglos de los siglos; ¡como si no hubiera más trascendentales cosas que hacer!... ¡Loco de mí que no reflexioné antes de meterme en esta aventural! Cierta que *ella* no está del todo mal; ¡qué va a estar! Bonita cara, cuerpo de graciosas curvas... ¡Y qué perversa, eh! Nació para eso... ¡Pobre don Miguel! ¡Pobrecillo! ¡Era un predestinado!»

Suave deseo se insinuaba en sus nervios; mas presto se desvanecía, solicitado como estaba el amante por más perentorios intereses. — «¡Hay tantas — continuó, divagando—, tan bonitas como ella, y sin peligros! Necio de mí, que me embarqué sin temor a los escollos!... Y luego, ¿cómo no se me ocurrió prever los daños que esa mujer me acarrearía? Ahora mismo, que he roto con Julia, pues qué, ¿voy a renunciar a casarme?... Sofia sería enormísimo obstáculo, aun concediendo que el buenote de su marido no llegara a saberlo... Y yo... es claro... yo no podría decir que no a un buen partido, tan sólo por los lindos ojos de ella...»

Y por la mente del convencido demócrata, del insigne igualitario, nivelador de sociedades, enemigo jurado de la burguesía, pasaban, en suntuosos trenes, gráciles siluetas de muchachas de la *high-life*.

En lo más apurado de su soliloquio se hallaba cuando se le escapó de un bolsillo del chaleco un diminuto y primoroso espejo con mar-

co de carey. Recogiólo solícito del diván en que se hallaba acostado, e instintivamente en él hubo de mirarse. Indefinible mueca de desagrado se pintó en su faz. Advertía que una punta del blondo y gallardo bigote estaba más baja que la otra.

Púsose en pie de un salto. Fué, corriendo, al tocador. Echó mano del cosmético.

Al sentarse a la mesa, momentos después, se encogió de hombros, tranquilo. Llenando hasta los bordes la copa de rojo *Medoc*, se dijo:

—Veremos qué resulta...

Acalló vacilaciones. Lo aguardaba todo del acaso. Había decidido no asistir a la entrevista con Sofia, aquella tarde.

XXXIV

Pálida, convulsa, furiosa, presentóse a la siguiente, en la casa de la calle de Medellín, la burlada amante.

Jorge sabía que vendría. La aguardaba, aunque no tan presto... No dejó, por tanto, de experimentar naturalísima sorpresa al verla entrar en su estudio. Pero aquélla fué mayor cuando advirtió que muy diverso del acostumbrado era el gesto de Sofia. No sobrevinieron desde el primer instante, en rauda inundación de caricias, las lágrimas. Descubriáanse en él arrugado ceño de la joven asomos de cansancio. Tenía la faz adusta, y el traje mismo acentuaba tal expresión con la severa monotonía del paño gris de chaquetín y falda, sólo contrastada por la nitidez de la blusa y el lazo lila de la corbata.

Las frases de saludo fueron secas y duras.

Le recriminaba con acritud. Viendo que el diputado se levantaba de la mesa de trabajo donde a la sazón escribía, echó a andar hacia la alcoba. Allá la siguió él y hubo de encontrarla sentada al borde de la cama, con el negro sombrerillo puesto, inclinado el rostro y laxas y abandonadas en el regazo las manos. Bazán no decía nada. Estaba resuelto a todo, menos a continuar aquella historia escabrosa. Su firme voluntad traducíase en el propio silencio, ofensivo, cruel para ella en dicha ocasión.

Repentinamente se alzó Sofía y dirigióse hacia el amante, el cual se había aproximado al balcón y miraba indiferente el hurafío atardecer.

—Es incalificable tu conducta para conmigo, Jorge...—dijo, con infinita amargura.

Bazán se encogió de hombros.

—¡Nada de malo te he hecho, sin embargo!—respondió sin mirarla.

Asegurábase que tales palabras abrieron una válvula. Porque Sofía, obedeciendo a su meridional genio, ansioso de expansión, a sus nervios, contenidos, con sorda cólera, durante veinticuatro horas, dió rienda suelta a lo que entonces sentía.—Le había estado esperando, inútilmente, la víspera, como una sierva. ¿Qué se proponía él? ¿Ofenderla o aburrirla? Taciturna, hizo el panegírico de su amor. Todo se lo había dado; se lo había sacrificado todo: honra, relaciones sociales, placeres, tranquilidad. Por él exponíase a que su marido, el día menos pensado, la pusiera en mitad de la calle, manchada y sin pan. El había sido su pasión única: la primera. ¡A Dios ponía por testigo de que si cayó fué por irresistible impulso espiritual, que no acatando malsano sensualismo!

—¡Y todavía no es esto bastante! ¿Aún quieres más de mí?—clamó, reteniendo el llanto—.

¡Pues aquí me tienes! ¡Aquí me tienes, arriesgándome por tu culpa a que Miguel se entere de que visito tu casa!... ¡Vamos! ¡Respóndeme! Porque supongo que tendrás alguna excusa que darme... ¡A fe que no te faltan, y que con mentiras estás dispuesto siempre a disfrazar tu informalidad increíble, tu desamor!

Jorge la compadeció. ¡Pobrecilla! ¡Si ella supiera que su pecado, con pasión espiritual y todo, se encontraba ya a medio descubrir y le había ocasionado un disgusto!...—Pero su sentimiento piadoso fué pasajero, fugitivo. Tenía Bazán bien trazado ya el plan de marras, y a ejecutarlo se preparó.

—¿Sabes—observó, sin abandonar su actitud hosca—, que en amor, cuando las exigencias molestas substituyen a las ilusiones, todo se afea y se hace desagradable?

—¡Explicáte!—gritó ella, a quien tales conceptos sublevaron.

Al ilustre escritor en ciernes le chocó semejante reto. Pensaba, con su penetración psicológica habitual, que no anduvo descaminado la víspera al decirse que el afán de dominio de aquella mujer se hacia insoportable.

—Bueno. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues... la verdad, hija, es que tengo demasiado trabajo, muchas cosas serias a que atender, para poder consagrarme exclusivamente a ti... ¡Vaya! Que estoy fastidiado de tantas reclamaciones, de tantos celos, de esta vida penosa, un poco cursi (permíteme que te lo diga), que los dos nos hemos impuesto...

Sofía se sintió inmovilizada, helada, al escucharle.

—Pues con darle término—declaró, llenos de lágrimas los ojos—, todo está concluido y los dos en paz... ¡Hasta luego, Jorge!

Avanzó hacia la puerta, con rápido paso.

Mas, al poner la mano en el pestillo, se detuvo. En el fondo de la herida cruenta todavía alentaba la esperanza. Más allá del umbral, sus ojos aterrizados columbraron el olvido, la nada. Y se quedó, obedeciendo a incontrastable fuerza que la retenía, que la enclavaba allí. Angustiada, aguardaba la voz acariciadora del amado; la mano que no la dejase ir... Ninguna vino en su auxilio. Entonces, volviéndose, echóse sobre de él, le bañó con su llanto, le sofocó con sus besos.

¿Cuánto tiempo duró la expansión de amor? Tras del llanto, se desgranaron las palabras suspiradas a flor de labio; los ósculos y ternuras cuya seducción acrecentaba la tentadora fragancia de aquel cuerpo joven y palpitante. En la semiobscuridad ambiente, ella le enlazaba con sus brazos. Habíale llevado hasta el lecho, y allí aprisionaba en sus manos la perfumada y gentil cabeza rubia.

—¡Jorge, Jorge mío, alma mía; yo estoy loca por tí, y si tú me abandonas, me muerdo!... ¿Verdad que no será así? ¿Verdad, Jorge? Perdóname. Hice mal, sí; lo comprendo; perdóname... Al fin y al cabo mis exigencias son hijas de la adoración que te tengo... ¡Jorge! ¡Jorge! ¡Yo te quiero! ¿Me querrás siempre tú?...

Jorge iba a ceder. Se sentía aturcido, embriagado, arrastrado por arrolladora ola de deseo. La voz de la sirena cantaba a su oído la canción inmortal. Aquellos brazos frágiles le parecían de consistencia de granito; más misteriosos como abismos los ojos de nocturno esplendor...—Pero hondo pavor le sobrecogió, de pronto, ante el futuro drama entrevisto; vislumbró el fracaso en el horizonte; el hundimiento de su fama política; la anulación de sus triunfos; las muecas sardónicas de sus enemi-

gos al verle en desgracia, víctima de una vulgar aventura de alcoba... — «¡Ahora o nunca!»—pensó, acordándose de una célebre frase histórica—. Y rompiendo el apasionado abrazo, repeliendo, con brusquedad que le costaba sobrehumano esfuerzo, a la admirable tentadora, se puso en pie, diciendo:

—¡Basta! ¡Déjame! Estoy cansado...

¡Sofía, incorporada en la vasta cama, con las ropas en desorden, con extraña fljeza y extraño en las pupilas, le miró. Su mirada era de odio y de espanto. De odio, por el rechazo; de espanto, por el horror de su pasión aniquilada en el vacío...

El odio venció. Lo alimentaba el orgullo herido mortalmente entonces. Algo irreparable se interponía entre los dos. La indignación paralizó la voz en la garganta de la joven señora. Un impulso de salvaje rebelión la hizo reír con sarcasmo, al ver a Jorge atónito, asombrado él mismo de su acción, a corta distancia de ella.

La risa resonó áspera, ronca, en la alcoba casi a oscuras. La risa no abandonó ni por un momento la boca contraída de la amante.

—¡Pues, qué te has creído, hombre!—exclamó, con tono y ademanes que evocaban a la muchacha de vecindad—. ¡Pues, qué te has creído!... ¿Que te quiero por lo bonito que eres? ¿que me deslumbra tu genio incommensurable? ¿que me vendí a ti por lo mucho que me das?... ¡Pobre diablo! Yo te compadezco y me río. Sí, mírame... ¡Ja, ja! Me río de tu estupidez y de tu insolencia, desventurado... Te desprecio. Y al marcharme del mismo modo que vine, con la cabeza alta, me sacudo el polvo de los zapatos, para no conservar de este imbécil lío ni siquiera el recuerdo...

Con grandes aspavientos, y tras de un portazo fenomenal, salió.

Jorge Bazán quedó rendido por el esfuerzo. Una alegría interior, profunda, lúgubre, le deslumbraba. Era aquél el inicial acto fuerte de voluntad que había ejecutado en su vida.

Dirigióse al estudio. Encendió la lámpara. Repasó las cuartillas escritas...—¡Adelantaba, a ojos vistas, *El desarrollo de la idea democrática a través de las edades de nuestra historia!*— Mojó la pluma en el tintero. Iba a continuar...—No obstante, su pensamiento indómito seguía por las calles lejanas la silueta de una mujer errante, sola...— Suspiró; una sonrisa hubo de destellar luego en su semblante.

Animoso, fuerte, trazaba poco después la primera línea del capítulo quinto de la monumental obra, en tanto que para su capote decía:

—¡Eal Hay que cerrar los ojos ante el dolor... ¡Yo me debo a la Patria!

XXXV

Las campanas de la iglesia vecina dejaron oír su son monótono, doloroso, retiño, en el crepúsculo. Llamaban a orar.

Sixto Beltrán, rendido de fatiga y de tristeza, entró en su cuarto. Tres días hacía que se marchara Rosa María. Su desaparición fué como su vida: mansa, discreta, dulce... En una mística penumbra de ensueño, el provinciano creía vislumbrarla, con su palidez de hostia, con su pureza de lirio, arrobada, en un coro distante, por el litúrgico canto que ascendía hacia los cielos, en el misterio de la tarde moribunda.

Momentos antes había estado Sixto de visita

con doña Eduvigis. La pobre señora aparecía resignada con su suerte.— «No la llamó Dios por el camino del matrimonio—díjole la corredora de alhajas—. Si de todos modos había de perderla, más vale que sea así... ¡Lo que puedo asegurarte es que aun no comprendo las razones que me dió! Entre tú y ella no había mediado ningún disgusto. Todo se preparaba en orden; y todo hacía pensar que antes de un mes estarían los dos casados... ¡Niña más extraña!... En fin, perdónala; que bien puede ocurrir que a poco le pase la chifladura religiosa, y vuelva a ti, arrepentida y enamorada...»

Sixto consideró que no volvería. No volvería, no. Visitó su humilde alcoba, que parecía la de una muerta—. ¡Oh, el enjambre de los recuerdos, de las negras abejas que allí revoloteaban!—Extinta estaba la lamparilla, ante la Dolorosa; marchitas las postreras flores. En un rincón, la mesita de trabajo junto a la cual leyeron la historia de Simbad; la que tantas veces fué mudo testigo de la faena primaveral de las manos blancas; la que asistió también al primer coloquio de amor en la lejana tarde, cuando el crepúsculo esmaltaba de iris los cristales...— ¡Y qué mutismo en derredor! ¡Qué extraño silencio! La voz de doña Eduvigis resonaba como en una tumba...

Arrimóse Sixto al viejo escritorio de su padre; el que les había seguido, desde el fondo de la provincia distante. Se clavó en él de codos. Escondió el rostro entre las manos.

Atardecía.

Lentamente, extrajo después de la cartera una carta. La leería otra vez. No se cansaba de leerla.

Decía:

«Sixto: No es esta una despedida, sino un saludo en la vida nueva... Te escribo desde

una celda blanca como el cuartito donde se sucedieron nuestras antiguas pláticas... ¿Te acuerdas?

Será la primera y la última vez que hable contigo. Tenía que ser así. Estaba escrito. Lo comprendí desde aquella noche en que me revelaste el horrible suceso.

Te debo una explicación y una disculpa.

He renunciado a ti por horror al mundo; no porque me hayas dado qué sentir, ni menos porque censure la conducta que seguiste en el caso de mi hermana. Cumpliste con tu deber; y yo misma, de consultármelo, te hubiese aconsejado que así procedieras.

Te quise y te quiero; no tan fácilmente, por desgracia, se olvida. Ello no obsta, sin embargo, para que yo me consagre a Dios. Era mi vocación, y sólo tu bondad pudo turbarla.

Ahora pienso que, aun deseándolo, no hubiera podido ser tu esposa. Desde niña me inspiró miedo el mundo; pero mi miedo se convirtió en espanto al saber por tu boca la triste verdad. Yo no hubiera tenido nunca el valor, la energía necesaria para ser el apoyo y el sostén tuyos en la vida. Por eso renuncié a ti y me propongo seguir el camino que me había trazado.

No me quieras mal. Presiento el amargo drama y no quiero presenciarlo. Es preciso que yo ore por la culpable, por los míos, por todos...

Perdónalos, como yo los perdono. Confortame con nuestra suerte, como buen cristiano que eres. Busca una mujer virtuosa. Cásate y olvídamme.

Yo no te echaré de menos en mis oraciones, en este apartado retiro, en el que permaneceré mientras que la injusticia de los hombres no se ensañe con nosotras, y dejen en paz a las almas

humildes y medrosas que no tuvieron el heroísmo de permanecer en el mundo.

Estoy contenta. El convento se halla en una callecita apartada, quieta. Hay un jardín con grandes árboles y profusión de flores. Las ramas de los chopos desbordan por sobre de las tapias.

Consuela a mamá, si la ves. Nunca le digas la causa de nuestra separación. Y perdóname. *Rosa María.*»

Se había extinguido la luz cuando Beltrán concluyó su lectura. Se la sabía de memoria, y no necesitaba, por tanto, de aquélla.—Angustiado, con una opresión en el pecho, erraba por el cuarto, cuando apareció su madre con un candelero en la mano.

—Sixto—advirtió la viejecita—, haces tan poco ruido, que nadie sabría que estás aquí... ¡Paciencia, hijo mío! Es preciso que salgas, que encuentres distracción...—Luego, acercándose a él, y acariciándole con la ternura que sólo conocen las madres—: A las mujeres nadie nos entiende; somos muy locas, no te creas... Pero ya hallarás otra... ¡Hay tantas!

—¡Madre! ¡Madre!

Las dos palabras, breves, doloridas como queja infantil, estallaron entre sollozos, mientras el joven se abrazaba a ella.

Hubo una larguísima pausa.

Luengamente también conversaron después, sentado el hijo ante el apolillado mueble que recordaba al padre difunto; en pie la anciana señora, sin desenlazar entrambos sus manos.

Sixto declaró al cabo:

—Arregla tus cosas, mamá. La semana entrante salimos para Lagos. Don Miguel me concedió un favor más: el último. Me ha recomendado al nuevo dueño, e iré a encargarme de la administración de *El Naranjal*.

Doña Cuca le consideró de hito en hito, sorprendida.

Las campanas sonaban a lo lejos, mansamente, en la noche...

mas de los chopos respondían por sopas de las tapias.

XXXVI
la casa de nuestra habitación. ¿Perdoname.

Cuando el drama, que por largo tiempo acechó en la sombra, ocultando entre sonrisas su mueca tétrica, desgarró al fin las almas, propio es de las almas, maravilladas y doloridas, recogerse en el silencio.—Así aconteció con los Bringas. Sombrío paréntesis de inmovilidad hubo de abrirse allí donde reinaron el amor en sus formas magníficas y antagónicas, el ansia desahogada de riqueza, el anhelo infinito de goce...

La nueva del rompimiento entre Julia y Jorge produjo en don Miguel y en su mujer sensaciones diversas:—Regocijóse el primero, en su timidez culpable, hija legítima de la pasión senil que le enloquecía, de que fortuita causa hubiese dado al traste con aquellas relaciones, justamente cuando no encontraba medios a qué apelar para impedir que siguiera adelante el noviazgo de la muchacha con un hombre del que honda, inconfesada convicción le aseguraba que le había deshonrado.—El orgullo mortalmente herido de la segunda—que ni los celos, ni el sensual deseo acallaron al principio—, halló alivio. Suponía la desafiada amante que no fué Julia quien rechazó a Jorge, sino al contrario.—«¡Buen sinvergüenza el tal Bazán!—pensaba—. A alguna rica heredera ha de tener en jabón... ¡Algo se traía proyectado, puesto que nos plantó a las dos!»

Y su caprichosa simpatía por la hijastra volvió a insinuarse, como lo había solido en otras ocasiones. Sintióse víctima, no podía menos de compadecer a su semejante.

Pero se estrelló ante el mutismo, ante la encubierta indiferencia altanera de la doncella, que no dejaron de intrigarla, por más que los atribuía al «histerismo» de Julia.—Sufrió ésta, durante dos semanas, persistente fiebre biliosa. Se consumía a gran prisa. Sus pupilas mostraban arcano brillo. Su rostro, desecado, no se iluminaba ya con el suave sonreír. Entre ella y su padre establecíase una corriente de afecto que hasta entonces no tuvo traza visible. Desde que convaleció, monopolizaba al viejo. Con él se entretenía en largas y misteriosas pláticas, de las que la madrastra jamás pudo enterarse, pues que, en cuanto aportaba por allí, se daba a callar la moza, obstinadamente. Tales pláticas eran para don Miguel dulcísimo bálsamo, torturado como estaba por la amenaza inminente de la quiebra, y por la brusquedad y cólera de su esposa, que ahora en él se cebaban, como si Sofía se complaciera en mortificar el enfermizo sensualismo del anciano.

Hábale echado de la alcoba matrimonial. En la desesperación infinita de su amor hundido, fiorecía el obscuro odio—que nació alentado por la primer pasión—hacia aquel viejo impotente y bajo al que ella atribuía su desdicha. Constituía Bringas, a sus ojos, el símbolo del engañador que la atrajo con el señuelo de la riqueza, abusando de su vanidad infantil, de su pobreza, y haciéndola que se olvidara de que su juventud libre, destinada al hombre, como ella primaveral y fuerte, valía más que todo el oro del mundo.

El ansia de ser buena no alentaba ya en su